mana mia?—dijo Renée en tono agresivo.—¿En qué puede interesarte que el marqués de la Tour du Roy, el mas rico propietario del Loiret, tenga ó nó hijos? Te figuras que cualquier marqués lleno de millones va á venir á pedir tu mano? Eso hubiera sido posible cuando teniamos dote; empero los que tienen y buscan mujeres para casarse, no se fijan seguramente en las hijas de un banquero arruinado.....

Si te haces ilusiones con tus ojos verdes y tus trenzas doradas para encontrar un marido, te prevengo que deseches tan ridícula pretension.

Lazarine volvió lentamente la cabeza al lado de su hermana, dirigió una mirada desdeñosa á Renée y la dijo:

—Eres impertinente y ridícula.... recuerda que todo es posible, hasta lo imposible para quien es como yo.... soy.

Llegará un dia, que quizá no esté lejano, en el que tendré mas millones que los que han absorbido los liquidadores de papá.... y en ese dia serás feliz, porque yo te protegeré.... te lo prometo.... soy tan buena.....

Renée se echó á reir; pero sus carcajadas sonaban enteramente como las notas de un piano desafinado.

—¡A fé mia!—dijo—¡el orgullo te vuelve loca!.....

—El orgullo de mi belleza..—dijo Lazarine.

—Yo soy tan bella como tú—dijo con imperio Renée.—Hago mas que creerlo.... lo aseguro.

—Quizá tengas razon; solamente que tu belleza es repulsiva y la mia atrae.... de ello tendrás pruebas.

—¿Es que te has propuesto á herirme con tus insolencias? Entonces te cedo el puesto.

Y la jóven Renée abandonó su asiento, y arrojando colérica su servilleta sobre la mesa, salió del comedor.

—Si consultas á tu espejo—gritó Lazarine—ten cuidado porque te engaña.

La sobreexcitacion febril, que no parecia natural en Renée, reconocia una causa; hela aquí:

Todas las mañanas, como ya hemos dicho, Lazarine abandonaba la posesion de Hojas-Verdes, montaba sobre un dócil y manso penco, cuyo trote tanto la exaltaba recordando su yegua *Norah*.

El penco, sin embargo, no trotaba mal, y los paseos de siete ú ocho leguas no le asustaban.

Tres dias antes de la escena que acabamos de referir, la amazona caminaba á doce kilómetros próximamente de la casa paterna, por una extensa calle de encinas seculares que adornaban el bosque.

Absorta en sus sueños, como lo hacia casi

siempre que se hallaba sola, pensaba en el pasado para deplorar la inmensa pérdida que habia sufrido, y en el porvenir para construir castillos en el aire.

Su mano, distraida, soltaba las riendas sobre el cuello del penco, y el inteligente animal, sintiéndose con aquellas sueltas, iba con paso perezoso de un lado á otro buscando hojas tiernas y yerba fresca, que comia con gusto, cubriendo de verde espuma el bocado, que no le permitia masticar á gusto manjar tan exquisito para él.

Un ruido de caballos sacó de su ensimismamiento á Lazarine.

Miró y nada vió al principio, pues á los veinte pasos de la calle donde se encontraba, formaba un recodo que hacia imposible ver lo que pasaba al otro lado.

Convencida de que iba á tener algun encuentro con personas distinguidas, y queriendo, como buena hija de Eva, mostrase digna de su belleza, cogió de nuevo las riendas, espoleó el penco y le puso al golope.

Al llegar al recodo que hemos indicado mas arriba, encontró frente á frente un ginete de incontestable distincion cabalgando sobre un magnífico caballo.

El ginete aquel no era ya jóven; sus bigotes, patillas y pelo blanco daban fé de ello; pero su

talle, delgado y esbelto, su rostro de facciones aristocráticas, conservaba una frescura singular, que le hacia aparecer mas jóven de lo que realmente era, y podia pasar hasta por buen mozo.

Llevaba calzon blanco de punto, botas altas de montar, una americana de terciopelo negro, un sombrero grís y guantes de gamuza.

En el ojal de la americana llevaba—en lugar de una condecoracion—una rosa.

Lazarine conocia el valor de los caballos.

Evaluó en cuatrocientos luises el que montaba aquel caballero.

Cuarenta pasos detrás le seguia un *groom*, cuyo caballo no cedia nada en valor al de su amo.

Al ver á la jóven se quitó el sombrero el caballero, y en el momento de cruzarse con ella la hizo un profundo saludo.

Lazarine devolvió el saludo con aquel gracioso aplomo que habia aprendido en el Bosque de Bolonia, y continuó su camino; pero su instinto de mujer le anunciaba que el desconocido iba á hacer alto y á seguirla con la vista; tuvo cuidado de observar.

No la engañó su inspiracion. Tuvo la prueba inmediata, porque el ruido de los pasos del caballo cesaron bruscamente.

Esto no la sorprendió. Sabia por experiencia que á su paso casi siempre se paraban los

hombres para verla mejor y admirarla mas tiempo.

Al regresar á Hojas-Verdes, no dijo una palabra de su encuentro, ni quizá pensó en él.

Es posible, si no verosímil; pero no obstante, al dia siguiente, á la misma hora que el anterior, recorrió á galope la distancia que le separaba del gran Bosque, dirigiéndose á la calle cubierta.

El caballero de los bigotes blancos se encontraba ya á la vista; sus ojos, cuando vieron á lo lejos la amazona, brillaron con todo el ardor juvenil.

Como el dia anterior, saludó á Lazarine y se detuvo despues que hubo pasado.

Aquella muda escena se repitió al dia siguiente; pero—variacion que no dejaba de tener importancia—la jóven al dirigirse á Hojas-Verdes, se apercibió que era seguida desde léjos discreta, respetuosamente es cierto, pero el hecho en sí no dejaba de ser significativo.

El ginete queria saber el nombre de la hermosa amazona y conocer tambien su casa.

Tan pronto como hubo penetrado en la puerta del parque de Hojas-Verdes, el ginete se pronunció en retirada.

—Tambien yo sabré..—pensó Lazarine.—Tal vez sea el punto de partida de mi porvenir.

Es probable, convengo, se lo tengo dicho varias veces á Renée: todo es posible, hasta lo imposible.... Veremos mañana.....

V

Al siguiente dia, la jóven sufrió un desengaño al ver desierto el sitio en que hacia tres dias se encontraban.

Los encuentros que ella buscaba eran para el caballero del pelo blanco casualidades.

Tambien aquel caballero, sabiendo quizá que la seductora amazona era hija del ex-banquero Julio Leroux, juzgaba improcedente salirle al encuentro.

El campo de conjeturas era muy vasto, y Lazarine se hacia multitud de preguntas á las cuales no sabia que responder, cuando de repente su caballo, que iba sin sujecion de brida, levantó la cabeza.

La amazona prestó atencion.... Los ladridos de una jauría y las estrindentes notas de una trompa de caza se hacian oir á una corta distancia, viniendo de Norte á Sur, y parecian estar á quinientos pasos de donde ella se hallaba.

Lazarine se dijo:

—Cazan en el monte . . Debe ser él.....